

## **Acosadas en terreno: El género, la raza, la nación y la construcción del conocimiento etnográfico<sup>1</sup>**

**Rebecca Hanson**

Universidad de Florida, Gainesville, FL, EEUU  
Email: r.hanson@ufl.edu

**Patricia Richards**

Universidad de Georgia, Athens, GA, EEUU  
Email: plr333@uga.edu

**Recibido:** 29.10.2020 | **Aceptado:** 18.03.2021

**Resumen:** El acoso sexual y la sexualización son experiencias comunes para las mujeres investigadoras cuando llevan a cabo trabajo de campo. Sin embargo, estos temas rara vez se mencionan en los libros y clases de métodos. Este artículo se basa en entrevistas con investigadoras/es cualitativas/os (47 mujeres y nueve hombres) en la academia norteamericana y critica el silencio que rodea al acoso sexual en terreno. Sostenemos que este silencio es un indicador de un problema mayor: las/los investigadoras/es eliminan experiencias corporizadas de su investigación cualitativa. El silencio disciplinario que rodea el acoso sexual tiene un costo tanto para las/los investigadoras/es individuales como para la construcción del conocimiento etnográfico. Sostenemos que las/los investigadoras/es cualitativas/os deben hacer una reflexión crítica sobre cómo el trabajo de campo y la recolección de datos están moldeados por el género, la raza, la sexualidad y la nacionalidad, y hacemos un llamado por la inclusión de las experiencias corporales, reconociendo las maneras en que estas son mutuamente constitutivas en la producción de conocimientos.

**Palabras clave:** Género; acoso sexual; trabajo de campo; interseccionalidad; etnografía.

### **Harassed in the field: Gender, race, nation, and the construction of ethnographic knowledge**

**Abstract:** Sexual harassment and sexualization are common experiences for women researchers as they conduct fieldwork. Yet, these topics are rarely mentioned in books and classes on qualitative methods. This article, based on interviews with qualitative researchers (47 women and nine men) from the North American academy, criticizes the silence around sexual harassment in the field. We argue that this silence is an indicator of a larger problem: the elimination of embodied experiences in qualitative research. This disciplinary silence around

<sup>1</sup> Traducción realizada por María González-Ferrer con fondos de la beca # SDOED0000943601 del Departamento de Educación de los EEUU. Sin embargo, los contenidos de este ensayo no necesariamente reflejan las políticas del Departamento de Educación de los EEUU, ni se debe asumir que el gobierno federal avala los contenidos. Agradecemos a Oscar Chamosa por su ayuda con la traducción.

sexual harassment has costs for both researchers themselves as well as the construction of ethnographic knowledge. We propose that qualitative researchers think critically about how their fieldwork and data are shaped by gender, race, sexuality, and nationality, calling for the inclusion of embodied experiences in a way that recognizes these as mutually constitutive of the production of knowledge.

**Keywords:** Gender; sexual harassment; fieldwork; intersectionality; ethnography.

## **Assediadas no Campo: Gênero, raça, nação e a construção do conhecimento etnográfico**

**Resumo:** O assédio sexual e a sexualização são experiências comuns para mulheres pesquisadoras ao realizarem trabalhos de campo. No entanto, esses tópicos raramente são mencionados em livros e aulas de metodologia científica. Este artigo se baseia em entrevistas com pesquisadoras/es qualitativas/os (47 mulheres e 9 homens) da academia norte-americana para criticar o silêncio em torno do assédio sexual no campo de pesquisa. Argumentamos que esse silêncio é um indicador de um problema maior: as/os pesquisadoras/es eliminam experiências corporificadas em sua pesquisa qualitativa. O silêncio disciplinar em torno do assédio sexual tem um custo tanto para as/os pesquisadoras/es individuais quanto para a construção do conhecimento etnográfico. Defendemos que as/os pesquisadoras/es qualitativas/os devem pensar criticamente sobre como o trabalho de campo e a coleta de dados são moldados por gênero, raça, sexualidade e nacionalidade, e fazemos um chamamento para uma abordagem que inclua a experiência corporal e reconheça como essas experiências são mutuamente parte da produção de conhecimento.

**Palavras-chave:** Gênero; assédio sexual; trabalho de campo; interseccionalidade, etnografia.

### **Como citar este artículo:**

Hanson, R. y Richards, P. (2021). Acosadas en terreno: El género, la raza, la nación y la construcción del conocimiento etnográfico. *Polis Revista Latinoamericana*, 20 (59), 79-98. doi: <http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2021-N59-1589>

## **Introducción**

La objetificación, el acoso sexual y el abuso forman parte de la socialización de las mujeres, y esta violencia de género se normaliza desde una edad temprana. Diversos estudios demuestran que estas prácticas continúan moldeando las subjetividades y las prácticas de las mujeres en la vida adulta. La situación de la mujer en el trabajo de campo no es diferente. Un reciente estudio de Clancy et al. (2014), que se centra en la antropología biológica y en otras ciencias, descubrió que el 64 por ciento de las científicas que hacen trabajo de campo había sufrido acoso sexual y que el 20 por ciento había sido víctimas de agresión sexual. Aunque este estudio develó que las mujeres denuncian a menudo acoso sexual y violencia por parte de sus supervisores y compañeros, el acoso también es una experiencia común en el proceso de establecer relaciones con las/los participantes en la investigación etnográfica. Sin embargo, a pesar de esta evidencia, apenas se menciona esta cuestión en la literatura metodológica y en la formación del trabajo cualitativo.

Este artículo se basa en entrevistas con investigadoras/es cualitativas/os (47 mujeres y nueve hombres) para criticar el silencio existente sobre el acoso sexual en el trabajo de campo. Sostenemos que este silencio es un indicador de un problema mayor: las/los investigadoras/es eliminan sus experiencias corporales del trabajo escrito cualitativo. Al examinar las experiencias de las mujeres etnógrafas que han sido marginalizadas por el canon dominante, podemos identificar y entender mejor las suposiciones subyacentes del conocimiento etnográfico que ocultan a los cuerpos en las narrativas etnográficas. No nos centramos por tanto en las experiencias de las mujeres solo porque el conocimiento producido por mujeres esté estructurado o impactado negativamente por estas fijaciones, sino que analizamos las experiencias de las mujeres para demostrar cómo se estructuran por sistemas de género en el mundo académico. A pesar de que las académicas feministas han recalcado durante mucho tiempo la importancia de las experiencias corporales y la interseccionalidad para comprender las experiencias diarias y las estructuras de poder, esas visiones no se han intentado aplicar a la práctica del trabajo de campo cualitativo. En este artículo, sostenemos por tanto que la investigación cualitativa no se puede entender sin pensar de una forma crítica sobre las experiencias de las/los investigadoras/es, determinadas por el género, la raza, la sexualidad, la nacionalidad y los contextos en los que trabajan (tanto los campos de terreno en concreto como la academia misma).

En otro trabajo previo, creamos el concepto de “fijaciones etnográficas” como una forma de explicar teóricamente por qué estos factores se dejan de lado en los relatos de terreno (Hanson y Richards, 2019). Identificamos tres estándares interrelacionados—el aislamiento, el peligro y la intimidad— a los que nuestras participantes recurren cuando hablan de las expectativas disciplinarias para la “mejor” investigación etnográfica. En este artículo, los resumimos brevemente, y después abordamos los costos del silencio disciplinario que rodean al acoso sexual en terreno, costos tanto por las/los investigadoras/es individuales y su trabajo como para la construcción del conocimiento etnográfico. Esperamos demostrar cuán importante es el enfoque hacia la experiencia corporal, es decir, cómo al pensar sobre la constitución mutua del género, la raza, la nación y la sexualidad nos llevan a entender y evaluar la etnografía de forma diferente y romper con los silencios disciplinarios con motivo de enriquecer y crear una construcción más compleja del conocimiento etnográfico.

## **Metodología**

En un descanso de su trabajo de campo para su disertación sobre la reforma policial en Venezuela, cuando Patricia era miembro de su comité académico y Rebecca era estudiante de posgrado, Rebecca tímidamente le dijo a Patricia que había estado sufriendo acoso sexual cuando trabajaba en terreno. Le preocupaba mucho hablar del tema ya que pensaba que afectaría a su carrera como etnógrafa. De hecho, a Rebecca le había llevado más de seis meses mencionárselo a uno de los miembros de su comité. Cuando lo hizo, lo dijo como si tuviera gracia, riéndose de la situación tan “extraña” que había sufrido. No obstante, cuando habló de estas experiencias con Patricia, Patricia empezó a

reflexionar sobre varias experiencias de acoso sexual que le habían ocurrido en el contexto del trabajo de campo. Esta conversación nos llevó a preguntarnos cómo el hecho de pensar de una forma más sistemática sobre las experiencias de violencia de género de las mujeres investigadoras en terreno puede enriquecer la construcción del conocimiento etnográfico.

De las 56 entrevistas en profundidad completadas para este estudio, la mayoría de las/los participantes eran estudiantes de posgrado o profesoras/es adjuntas/os principiantes. Algunas/os eran profesoras adjuntas/os experimentadas/os. La mayoría eran sociólogas/os. Todas/os las/los participantes hicieron el doctorado en Norteamérica. Todas/os menos una llevaron a cabo trabajo de campo en los últimos 10 años. La mayoría lo había hecho hacía poco y algunas/os estaban todavía haciéndolo. Casi la mitad llevaron a cabo investigaciones en Estados Unidos y la mitad en otros países (principalmente en el hemisferio sur).

47 participantes eran mujeres cisgénero, de las cuales 29 eran mujeres blancas/anglosajonas, 8 latinas, 5 asiático-estadounidenses, 2 afro-descendientes, 1 estadounidense musulmana y 2 multirraciales/multiétnicas)<sup>2</sup>. Tras empezar con una muestra compuesta en su totalidad por mujeres, entrevistamos a nueve hombres con el fin de ayudar a clarificar algunas de las ideas teóricas y evitar caer en trampas esencialistas. Había seis hombres blancos/anglosajones, dos hombres mestizos latinoamericanos y un hombre multirracial/multiétnico. Seis de los hombres eran heterosexuales cisgénero y tres se identificaron como gay o queer. Uno era transgénero. Buscamos deliberadamente una muestra diversa basada en la raza/la etnicidad y la identificación sexual/la expresión de género porque preveíamos que las experiencias de la sexualización en terreno estarían determinadas por estos factores también.

Los tipos y el grado de objetificación, sexualización, acoso sexual y/o agresión que sufrieron las participantes cubren una amplia gama y diversos grados. Algunas denunciaron tener que lidiar con estos asuntos de forma puntual mientras que otras lo sufrieron a diario. Algunas experimentaron un ligero flirteo, bromas sexuales o frecuentes comentarios sobre su aspecto físico. A muchas les pidieron una cita, se les insinuaron o las tocaron sin su consentimiento. A otras las agredieron físicamente y a una participante la violaron. La mayoría sufrió varias formas y grados de este tipo de conductas.

Las entrevistas duraron entre una y dos horas. La mayoría de las entrevistas se realizaron por Skype, aunque se hicieron en persona cuando fue posible. Las preguntas de las entrevistas se centraron en temas de confianza, poder y la construcción de relaciones en terreno, experiencias de atención sexual no deseada y la formación metodológica. Aunque las entrevistas fueron codificadas de forma separada por ambas autoras, comprobamos nuestras interpretaciones y códigos la una con la otra en varias conversaciones durante el proceso de codificación. A lo largo de estas conversaciones nos dimos cuenta del alto grado de coincidencia entre nuestros códigos y, por tanto, fuimos capaces de llegar a un acuerdo sobre los temas y procesos que emergieron de las entrevistas.

---

<sup>2</sup> Las/los participantes se auto-identificaron.

Los extractos de las entrevistas incluidos aquí están editados para clarificar (en general, se han descartado las muletillas como “eh”, “o sea”, y “sabes”, y las repeticiones). A las/los participantes se les asignó un pseudónimo. Hemos intentado aportar información sobre el contexto a la vez que protegíamos el anonimato. Incluimos la identificación racial y el puesto académico de la mayoría de las/los participantes. Para proteger la identidad de las/los participantes, a veces no especificamos la raza. Se han omitido otras características de identificación, a no ser que fueran muy importantes para comprender el análisis en particular. Asimismo, hemos evitado dar detalles sobre localizaciones o temas específicos de investigación. En algunos casos, las/los participantes pidieron que se ocultaran características de identificación concretas. Debido a la sensibilidad de los temas, mandamos todos los fragmentos y detalles de contextualización a las/los participantes antes de publicarlo para asegurarnos de que estarían cómodos con el nivel de confidencialidad que ofrecemos.

### **Las fijaciones etnográficas y la experiencia corporal**

La literatura etnográfica ha aumentado desde los años 80 del siglo XX, hasta tal punto que es casi imposible seguir todas las nuevas teorías, problemas, temas y críticas. No obstante, a pesar de estas numerosas intervenciones, las/los investigadoras/es cualitativas/os todavía tienden a evaluar su trabajo acorde a tres estándares: el aislamiento, el peligro y la intimidad. A estos nos referimos como “fijaciones” debido a la importancia que las mujeres a las que entrevistamos le prestan y a su percepción de que son estándares fundamentales mantenidos por la mayoría de la comunidad académica. El aislamiento se refiere al valor de ir a terreno y aguantar las dificultades de llevar a cabo investigación etnográfica solo/a, como si fuera lo que hace que uno/a sea un/a buen/a académico/a cualitativo/a. El peligro hace referencia a la creencia de que la investigación etnográfica que merece la pena requiere muchas veces enfrentarse a peligros en terreno y hacer lo que fuera para conseguir los datos. Por último, la intimidad, que a menudo se presenta como *el* enfoque que puede crear el mejor acceso a los datos, se refiere a la idea de llegar a estar lo más cerca posible de las/los participantes investigadas/os estando el mayor tiempo posible con ellas/os. Significativamente, estos estándares no existían sólo en las mentes de las entrevistadas. Más bien, se reforzaban en el trabajo académico, cómo estaban siendo guiados por sus tutores y las etnografías “modelo” de sus disciplinas.

¿De dónde proceden estos estándares? Incluso aun siendo cuestionados durante mucho tiempo por académicos críticos, el dualismo que privilegia la mente frente al cuerpo y la razón frente a la emoción —marcadores característicos de la cultura intelectual occidental— lleva consigo la idea del investigador “neutral” homogenizado. Sostenemos que esto es debido a que los cuerpos (en concreto aquellos diferentes a los de los hombres blancos) llevan consigo problemas para los conceptos de la neutralidad, validez y objetividad dentro de la tradición positivista. En 1974, Dorothy Smith observó que era justo la asociación entre las mujeres y las particularidades mundanas de la existencia diaria (que a menudo incluyen cuidar de los cuerpos de otros) lo que permitía a los hombres excluir a las mujeres

de la producción del conocimiento objetivo y abstracto venerado en las ciencias sociales. Los métodos interseccionales que van más allá del trabajo de Smith demuestran como, no solo el machismo, sino además el racismo, el clasismo y el colonialismo excluyen a determinadas personas de la producción de conocimiento (Davis, 1981; Hernández, 2011; Hill Collins, 1990; Mendoza, 2016). Mientras que las mujeres de color ocupan posiciones sociales que les permiten entender mejor la naturaleza entrelazada de la opresión (Hill Collins, 1986), se deslegitima a menudo a estas mismas académicas por ser hipersensibles, demasiado susceptibles y sesgadas (Hordge Freeman, Mayorga y Bonilla-Silva, 2011). Sin lugar a dudas, en las últimas décadas se han desafiado las asociaciones negativas entre los cuerpos y el conocimiento de las/los académicas/os. Sin embargo, como mostramos, a las/los investigadoras/es se les anima a omitir particularidades de la vida cotidiana que incluiría a los cuerpos en nuestro trabajo.

Está claro que no existe el investigador "neutral". Por el contrario, lo que hay es una teoría y una práctica etnográfica basada en las experiencias del hombre blanco de altos recursos. Por supuesto, existen metodologías etnográficas múltiples, competentes e contradictorias. De cualquier modo, como Hill Collins (2003, p.49) escribe, "las declaraciones de conocimiento se evalúan por una comunidad de expertos cuyos miembros representan las perspectivas de los grupos a que pertenecen". Nosotras, como académicas, debemos convencer a esta comunidad que nuestra investigación cumple con sus estándares. Quienes desafían esos estándares "serán juzgados como menos creíbles que aquellas/os que los cumplen" (ibid.). Como consecuencia, hasta este día, el ideal de "investigador neutral" tiene un efecto silenciador en las mujeres cuando sufren contacto sexual no deseado en terreno. Por lo tanto, las tres fijaciones continúan siendo importantes en las mentes de las/los investigadoras/es porque "tienen sentido" entre el episteme blanco, androcéntrico y positivista que permanece dominante. Apenas se menciona el acoso en las etnografías influyentes, las clases de metodología o incluso entre los comité de profesores. Como consecuencia, las etnógrafas que han sufrido acoso reproducen a menudo ese silencio, interpretando sus experiencias como muestra de la investigación "contaminada" y preocupándose por si la validez de su trabajo se ponga en entredicho. Nuestros resultados demuestran que las fijaciones etnográficas en investigación aislada, peligrosa e íntima no solo ponen en riesgo a las/los investigadoras/es, sino que también tienen implicaciones negativas para la construcción del conocimiento etnográfico.

No obstante, mientras que los cuerpos son la creación de múltiples formas de dominación, también son, como las teorías feministas han alegado, el terreno sobre el cual la subversión de la dominación puede llevarse a cabo (Aretxaga, 1997). La teoría feminista ha conceptualizado el cuerpo como un producto del poder, en concreto, poder que reproduce sistemas e instituciones patriarcales, racistas y heteronormativas (Bartky, 1988; Bordo, 1997). Al igual que Sutton (2010), entendemos las prácticas corporales de las mujeres como experiencias tanto individuales como estructuradas por las relaciones sociales de desigualdad subyacentes. Según ella, "los cuerpos de las mujeres [son] lugares por las que las mujeres sienten tanto diferencias como similitudes, como entidades dinámicas que contienen, expresan y

resisten relaciones sociales" (p.194). Sin embargo, los cuerpos de las mujeres no generan experiencias universales ni se presentan para todas las mujeres "únicamente en virtud de su femineidad" (Riley, 1988, p.99). En lugar de mostrar las experiencias corporales como evidencia de las diferencias o similitudes, las experiencias han de analizarse para poder entender "cómo se establece la diferencia, cómo funciona, cómo y de qué forma constituye sujetos que ven y actúan en el mundo" (Scott, 1992, p.777). Analizando las experiencias de aquellas/os que han sido históricamente marginalizadas/os dentro del mundo académico, podemos desestabilizar las presunciones y las narrativas epistemológicas dominantes.

Las feministas estadounidenses de color y feministas poscoloniales y decoloniales han aportado una importante visión a estas cuestiones. Insisten en entender la raza, la clase, el género, la nación, la sexualidad y otras identificaciones y desigualdades como mutuamente constitutivas e integradas en las instituciones y prácticas sociales (Crenshaw, 1991; Hill Collins, 1990). Las implicaciones de estas perspectivas para nuestro entendimiento sobre la experiencia corporal y la desigualdad son varias. Ellas señalan que la opresión como base de múltiples categorías (como la raza, la clase y el género) no se puede agregar, sino que es un producto único de las formas con las que esas categorías interaccionan o se contradicen las unas a las otras. Asimismo, las feministas poscoloniales, decoloniales e indígenas han demostrado que las investigadoras feministas no están exentas de reproducir desigualdades en su trabajo. Al trabajar desde una mirada colonialista, pueden imponer categorías occidentales y distorsionar relatos del hemisferio sur (Alvarez y Painemal, 2016; Curiel, 2014; Lugones, 2008; Mohanty, 1991; Narayan, 1997). Informadas por todo este trabajo, no usamos las experiencias de las mujeres para sugerir que hay un hilo conductor entre todas las mujeres, sino para introducir diferencia corporizada en la investigación y la escritura etnográfica.

Escribiendo sobre Estudios de la Mujer, pero ofreciendo reflexiones que son relevantes también para otras disciplinas, Baca Zinn and Thornton Dill (1994, p.3) observaron hace casi dos décadas la necesidad de ir más allá de reconocer las diferencias "para permitirles reformular los conceptos básicos y las teorías de la disciplina". Por muy cruciales que sean, las perspectivas feministas de la experiencia corporal no se han integrado lo suficiente en cómo "hacemos" las ciencias sociales. Muchas metodologías y modos de evaluación no incluyen las experiencias corporales en gran medida y se basan en las reivindicaciones de objetividad que contradice un enfoque crítico interseccional. Nuestros resultados demuestran que las experiencias de desigualdad de género en terreno etnográfico (así como en el mundo académico) están constituidas también por suposiciones sobre la raza, la nación y la sexualidad. Por consiguiente, no podemos entender el género en terreno sin entender también estas estructuras sociales y cómo se reproducen en las interacciones sociales. De hecho, el reciente trabajo de Berry y colegas (2017) y Williams (2017) muestra cómo la raza, el género y la nación se cruzan de formas particulares para darle forma a las experiencias de las mujeres de color en terreno.



Los estándares dominantes animan a las investigadoras a suprimir el género y la sexualidad de las conversaciones y publicaciones de terreno, lo que contribuye a omitir las experiencias corporales de la investigación, que es problemática tanto ética como epistemológicamente. Nosotras sostenemos que cuando el/la investigador/a redacta estas experiencias, reproduce un concepto de validez heredado de un pasado androcéntrico, positivista y colonial que oculta la naturaleza de la experiencia corporizada del trabajo. Igualmente, mostramos que aunque las experiencias están estructuradas de forma diferente de acuerdo con la posicionalidad de las/los investigadoras/es, estas fijaciones etnográficas alientan a las/los investigadoras/es a adherirse a narraciones homogeneizadas de recolección de datos. Esta narrativa oculta los múltiples caminos que las/los etnógrafas/os toman para recopilar sus datos.

### **El costo para las investigadoras y su trabajo**

Los cuerpos se recargan de energía, se traumatizan, se envalentonan, se mortifican, se repelen, se calientan, se recargan y se insensibilizan a medida que hurgamos en los mundos sociales que estudiamos (Stewart, 2007). Las descripciones viscerales de los mundos sociales de las/los participantes no puede limitarse a su visión de esos mundos, sino que tienen que incluir también el efecto que a las/los investigadoras/es nos provoca adentrarnos en estos mundos. La raza, la nación y el género se juntan para estructurar las experiencias de las/los participantes y sus reacciones hacia ellas, generando costos particulares a las/los investigadoras/es individuales y a su trabajo. Tras reconocerlo, vamos a centrarnos ahora en comentar el costo de estos olvidos corporales y los silencios disciplinarios. A través del uso de ejemplos de nuestras entrevistas mostramos por qué y cómo importa enfocarnos en la experiencia corporal, pensando en cómo las diferencias de poder, las normas sociales, las expectativas y las prácticas (así como la resistencia) se expresan en, a través y con el cuerpo. Mostramos cómo al pensar en las desigualdades interseccionales, llegamos a entender la etnografía de forma diferente, rompiendo esos silencios en beneficio de construcciones más complejas del conocimiento etnográfico.

La formación de las/los participantes y las suposiciones sobre cómo debería ser la investigación etnográfica les disuade de evaluar el carácter sistemático de sus experiencias. Para investigar de una forma “esclarecedora,” Wacquant (2015) aboga por “la etnografía carnal”, lo que involucra un trabajo intensivo de larga duración y una profunda implicación en la vida de las/los participantes para conseguir “aptitudes sociales” en sus mundos. Sé vulnerable. Nunca digas no. Rompe las barreras y los límites. Estos tipos de mantras metodológicos demuestran el dominio de las tres fijaciones. Además, contradicen lo que se les dice a muchas mujeres para mantenerse a salvo en su vida diaria. En otras palabras, les dicen a las/los investigadoras/es que hagan precisamente las cosas por las que a las mujeres se les ha humillado después de sufrir violencia sexual y/o racial.



Esto conlleva costos emocionales, lo que para nuestras participantes se tradujo en sentimiento de culpa y la objetivización por parte de otros, y al aislamiento. Por ejemplo, Rosie, una estudiante de doctorado blanca, estudió las expresiones de género en festivales de música en Estados Unidos. Cuando empezó su investigación, dormía sola en una tienda de campaña en el campo. Una noche le pidió a unos vecinos de tienda que se callaran para poder dormir. Estos la amenazaron y decidió pasar la noche encerrada en su auto. Rosie dijo que esta experiencia le hizo sentir "que no tenía el control de la situación", como si fuera una "mala investigadora" que "no podía controlarlo de la manera que era preciso". Además de dudar de sus propias habilidades como investigadora, Rosie también cuestionó las estrategias que llevó a cabo para evitar el acoso. Sintió que estaba "haciendo trampas" o "enturbiando los datos" cuando, como medida de seguridad, empezó a llevar a amigos hombres con ella cuando necesitaba pasar la noche en terreno. Los temores de Rosie sobre su legitimidad como etnógrafa demuestran el poder de las tres fijaciones, quizás de manera especial sobre el aislamiento y el peligro.

Estos costos no se pueden entender en su totalidad si solo pensamos en el género. En su lugar, tenemos que tener en cuenta cómo la raza y otros factores se entrelazan con el género para estructurar los mundos sociales superpuestos que integran las/los investigadoras/es. Esto incluye la formación metodológica y la cultura de la academia tanto como el terreno. El caso de Lena, una estudiante de sociología asiático-estadounidense a la que persiguieron neonazis en Europa, lo demuestra a la perfección. Uno de los compañeros de posgrado de Lena agudizó sus propias dudas diciéndole: "Ya sabes, si parece que tienes miedo, te acosarán". Este ejemplo llega al grano para comprender por qué muchas participantes evitaron compartir sus experiencias con otros. El mensaje implícito a menudo es que el acoso forma parte "obvia" del trabajo en terreno, aunque prácticamente ninguno de los/las miembros/as de los comités de doctorado de nuestras participantes les hablaron de estas experiencias antes de empezar su trabajo en terreno. La idea de que el acoso es tan obvio que debería preverse justifica y perpetúa el silencio disciplinario.

El sentimiento de culpa y el silencio que rodea estas experiencias de violencia sexual se agravan a menudo por las desigualdades raciales y de clase. A Mercedes, una profesora asistente latina de clase trabajadora, la violó un participante en su investigación. Más allá de su bienestar personal, su mayor preocupación era las consecuencias que podía tener si sus compañeros de trabajo lo descubrían. La fábrica de chismes académica servía como un mecanismo de control, puesto que imaginaba que su experiencia sería comentada en este contexto. Mercedes nos contó:

"Eso fue lo primero que se me pasó por la cabeza y es horrible y siento que los académicos estamos demasiado preocupados por lo que piensen de nosotros, pero no quiero perder mi credibilidad. Lo he pasado mal con la credibilidad. O sea, me ha costado convencer a la gente de que sé lo que hago. [...] Creo que no soy la única persona que se ha enfrentado a eso pero siento que se han cuestionado mis credenciales y mis habilidades por ser latina y de clase trabajadora. [...] Ya he intentado demostrar que soy capaz de diversas maneras. Y siento que esto es lo que me viene a la mente: me van a tratar como si tuviera una patología por ser latina que no puede poner en orden su vida."

Mercedes demuestra cómo las normas vigentes de lo que hace ser una buena mujer, una buena etnógrafa y una buena académica pueden prevenir de forma general a las mujeres y quizás a las mujeres de color en particular de buscar y obtener apoyo cuando más lo necesitan. De hecho, la participante latina Cristina, quien hizo trabajo de campo en una escuela alternativa, se sintió traicionada cuando las profesoras blancas de la escuela no le ayudaron cuando un estudiante la amenazó violentamente. Igualmente dañino fue el hecho de que, siendo una de las únicas estudiantes de posgrado que no era blanca, sintiera que no tenía una comunidad que la apoyara.

Las normas patriarcales y racistas (tanto dentro como fuera del mundo académico) informan nuestras expectativas de lo que hace que alguien sea una buena etnógrafa y buena mujer, y estas normas se entrelazan para dar forma a cómo las mujeres individuales responden al acoso, la violencia y las consecuencias emocionales que sufren. También ayudan a explicar el silencio que rodea al acoso en terreno en primer lugar. De hecho, ese silencio se enseña a menudo en las escuelas de posgrado. Bridgette, una socióloga negra, observó que aprendió a “ser educada y tomarse a risa” el acoso por parte de los profesores hombres, un comportamiento que replicó más tarde en terreno.

La pandemia de COVID-19 ha llevado a muchas/os investigadoras/es cualitativas/os (estudiantes de posgrado y aquellas/os que no tienen un puesto titular en particular) a batallar desesperadamente por llevar a cabo sus estudios a pesar de los cambios en el panorama. Muchas/os han cambiado rápidamente sus estudios de terreno por contextos virtuales. Algunas/os podrían llegar a pensar que aunque este cambio puede conllevar una pérdida de riqueza de las descripciones etnográficas, podría a su vez aliviar algunas de las presiones raciales y de género que se han tratado en este artículo. Sin embargo, la plataforma virtual no está exenta de dinámicas de poder, como revela nuestra entrevista a Adela, una estudiante de maestría multiétnica. Adela quería investigar cómo los jugadores online usaban los sitios de juego para tener cibersexo y buscó el apoyo de un administrador de uno de los foros. Aunque en un principio este individuo se comprometió a ayudarla, más tarde procedió a acosarla virtualmente por el foro. Le afectó tanto la experiencia que abandonó el proyecto. La historia de Adela demuestra que trasladar un estudio al formato virtual no evita ni el acoso ni otras formas de discriminación, y que incluso estas experiencias pueden hacerse más difíciles de encarar.

Por último, muchas/os de nuestras/os participantes se enfrentaron a temas que han sido históricamente problemáticos para las/los etnógrafas/os, en concreto los destinados a estudiar al “otro”, la representación y la reproducción del colonialismo. Nuestras/os participantes estaban sensibilizados con estos asuntos y a menudo les preocupaba el hecho de poder reproducir los estereotipos si contaban que habían sufrido acoso sexual en terreno (ver también Berry, et al. 2017; Johansson, 2015). Este es quizás el tema más peliagudo al que se enfrentaron nuestras/os participantes, particularmente aquellas/os que viajaron del hemisferio norte al sur. Las/los participantes en algunos casos (aunque no en todos) esperaban que les trataran como profesionales, de alguna forma no sujetas a las relaciones de poder

local y las normas de género. Aunque esto ocurrió en algunos casos, esta expectativa es un reflejo del legado colonialista de la etnografía y la presunción de que las/los investigadoras/es pueden de alguna forma estar por encima de las comunidades que estudian (también ver Bolak, 1997). Sin lugar a dudas, las/los etnógrafas/os se ven arrastrados por las dinámicas locales de poder, incluyendo las de género. A la vez, a muchas/os participantes se les entrenó a reconocer y compensar el poder que ejercerán sobre la gente en los lugares de terreno. Sin embargo, a veces esta práctica es contraproducente puesto que se evita reportar o incluso resistir comportamiento sexual no deseado en terreno. De cualquier forma, esta formación no incentiva siempre a las/los investigadoras/es a pensar por qué tenemos derecho a estar en terreno en primer lugar y por qué nuestros cuerpos deberían aceptarse allí — las presunciones colonialistas que siguen dominando el mundo académico impiden ambas preguntas (Adjepong, 2017). Por tanto, estas fuerzas enfrentadas, la sensibilidad al poder y el lugar de la etnografía en el mundo poscolonial, expectativas persistentes por el puesto venerado del etnógrafo, el deseo de respetar las normas locales y el deseo de evitar acosos y agresiones, todo combina para que se les generen distintos dilemas a las/los participantes.

Cuando era una joven estudiante de posgrado que llevaba a cabo trabajo de campo en México, Elena, una participante latina, rechazó la invitación de un hombre para bailar en una fiesta de una comunidad local. Esa misma noche, más tarde, el hombre, acompañado de otros, fue a la casa donde ella vivía e intentaron entrar para agredirla. Elena consiguió abrir la ventana y gritar, y sus vecinos llegaron para ayudarla. Nunca le contó esa experiencia a nadie, salvo a su marido, y dijo que “lo debería haber visto venir” al vivir sola en terreno. A pesar de que culparse a uno mismo, como hizo Elena, ayuda a aumentar el sentimiento de incompetencia del nivel individual, hacemos hincapié en que estos sentimientos están socialmente producidos por normas de género en casa, en terreno y en el mundo académico. La herencia colonial de la etnografía es evidente en este caso: se anima a las/los estudiantes (sin estar preparadas/os) a “conquistar” espacios donde sus cuerpos y sus acciones no se ajustan a los sistemas locales. Para muchas mujeres este problema está formado por la suposición de que las/los investigadoras/es generalmente tienen poder sobre las/los participantes (una relación enraizada en los lazos históricos de los etnógrafos con la administración colonial). Como observan Berry y colegas (2017, p.539), esta base colonialista nos lleva a suponer que “un sujeto masculino, libre de cargas [y] con privilegio racial, para quien el terreno significa un lugar lejos de casa adonde puede entrar y salir fácilmente”. Esta suposición puede estar complejizada por las opiniones de los/las miembros/as de comité y normas disciplinarias que ignoran la diferencia y que homogeneizan a las/los investigadoras/es basados en categorías tanto de raza como de etnicidad y de género. El sentimiento de que Elena debería lidiar con esta experiencia por su cuenta se fundamentaba en la presunción de los miembros de su comité que ella podría lidiar con cualquier problema que surgiera debido a su etnicidad. Aunque no es mexicana, Elena piensa que asumieron “Eres latina, deberías estar cómoda en cualquier otro contexto latino”.

La autoeficacia, el acceso, la movilidad y ser capaz de llevar adelante un proyecto hasta completarlo son esenciales para tener éxito como etnógrafa/o y como académica/o; todas estas cualidades y logros están en riesgo cuando se les acosa en terreno. El género, la raza, la nación, la sexualidad y otros factores de nuestro posicionamiento se entrelazan con factores contextuales para crear oportunidades y restricciones en terreno que no son las mismas para todas/os. Aunque las/los etnógrafas/os individuales necesitan negociar el acoso individualmente según el caso en el contexto diario en terreno, es primordial que reconozcamos los factores institucionales en el mundo académico que dan pie a estas experiencias. Decidir cambiar un proyecto de investigación, rechazar oportunidades que conlleven situaciones inseguras o abandonar un lugar de investigación pueden tener efectos profundos en la autoconcepción de las/los investigadoras/es. Tomar o no estas decisiones puede variar dependiendo de cómo creen que responderán sus compañeras/os y tutores. Cuando las participantes contemplaron cambiar de proyecto por culpa de un caso de acoso, a menudo les preocupaba que otros pensarán que eran personas que no conseguían seguir con las investigaciones que habían propuesto —preocupaciones que no eran infundadas. A las participantes que compartieron las experiencias de acoso con sus compañeras/os y tutores a veces las apoyaron. A menudo, sin embargo, las juzgaron de forma negativa. Las expectativas sociales de género más amplias quedan reflejadas y reforzadas por las disciplinas académicas que siguen perpetrando implícitamente la idea del etnógrafo ideal como “neutral”, es decir, un hombre blanco cisgénero. Como consecuencia, cuando las mujeres son acosadas en terreno, “fallan” tanto como investigadoras como mujeres. Nuestros resultados demuestran que esto es especialmente complicado para las mujeres de color, cuya legitimidad está a menudo bajo sospecha desde el inicio.

### **Los costos para la construcción del conocimiento etnográfico**

¿Cuáles son entonces los costos de las tres fijaciones para la construcción del conocimiento etnográfico? Queremos mencionar tan solo dos.

En primer lugar, las interacciones que ponen de manifiesto el sexo, el género, la raza y el cuerpo se convierten en datos residuales o se ignoran completamente. A la mayoría de las participantes las experiencias las dejaron confundidas y, como consecuencia, intentaron ignorarlas o dejarlas de lado. Nos referimos a este tipo de experiencias como “excedente incómodo”, un término prestado de Fujimura (2006) que se refiere a los datos que los científicos no reconocen porque no entran en sus categorías preestablecidas de análisis. Las participantes a menudo describen el acoso sexual y otras interacciones sexuales simplemente como parte de su trabajo como etnógrafas, algo que está presente y es molesto pero que no se analiza de forma reflexiva. Puesto que no parece que estas interacciones sean relevantes para los temas de investigación, se tienden a pensar que no son importantes.

Por ejemplo, Monira, una estudiante de posgrado estadounidense musulmana, recordó varios ejemplos de atención sexual no deseada que tuvieron lugar durante su trabajo de campo, los cuales tomaron un carácter racial o se vieron influidos por la opinión que tenían de su religión, incluyendo una situación en la que un participante hizo comentarios obscenos e intentó quitarle el hiyab. Cuando le preguntamos qué estrategias llevó a cabo para lidiar con estas situaciones, Monira respondió:

“He lidiado con ello borrándolo de mi mente. [risas] En realidad, cuando leí la invitación para participar en este estudio, pensé: ‘Mmm, ¿alguna vez he sufrido algo parecido?’ Y de repente me acordé de ese incidente. La verdad, el resto de las cosas las he ido recordando a lo largo de esta entrevista, se me habían olvidado también, o sea, las había borrado completamente.”

Los comentarios de Monira evidencian el poder que distingue estas interacciones como unas que se deben “dejar de lado”. Mientras se entrenan a las/los investigadoras/es cualitativas/os para prestar atención especial a las interacciones y al diálogo y recordar mentalmente lo máximo posible, muchas mujeres hacen lo contrario con referencia al acoso.

Sea como fuere, este tipo de experiencias determina a menudo en retrospectiva la confianza de *la etnógrafa* en sus participantes y también cómo—e incluso si— ella decide interactuar con ellos en el futuro. Esta necesidad de borrar estas experiencias a menudo procede de la contradicción a la que se enfrentan las investigadoras feministas, a las que les enseñan a ser reflexivas, pero sienten la presión de que sus compañeras/os les validen su trabajo, incluyendo aquellas/os que no comparten sus suposiciones epistemológicas. Para muchas mujeres etnógrafas, esto conlleva la experiencia pulverizante de dejar que los participantes las objetivicen mientras reprimen la experiencia a la vez.

Cuando las participantes compartieron sus experiencias de acoso con sus tutores, colegas o compañeras/os, las respuestas a menudo encajaban en esta categoría de “excedente incómodo”. Esto les animaba a ignorar el acoso. Algunas participantes recuerdan que los tutores les dijeron “aguántate” o se rieron de sus historias, como si fuera solo otro momento extraño o situación incómoda más por la que todos las/los etnógrafas/os tienen que pasar en terreno. Por ejemplo, a Gina, una estudiante blanca trabajando en un proyecto de su tutor en Sudamérica, la agredieron una noche cuando realizaba observaciones participantes con un grupo de hombres expatriados en un bar. En un primer momento el tutor de Gina reaccionó preocupado cuando se lo contó, pero tiempo después, cuando decidió no asistir a una cena que conllevaba pasar tiempo de nuevo sola con un grupo de hombres, le comprendió que no fuera profesional. Esta respuesta disuadió a Gina a usar el acoso para guiar e informar sobre futuras interacciones en terreno. Tales encuentros refuerzan la creencia de que el acoso estaba a la par del curso pero no era pertinente para trabajo real. De esta forma, las fijaciones limitan cómo podemos teorizar o entender nuestras propias experiencias como parte del conocimiento que producimos.

Las/los participantes contaron que en sus clases de métodos habían aprendido a ser conscientes del poder que iban a ejercer sobre otras/os en el trabajo de campo, pero poco aprendieron a cómo lidiar con ese poder cuando lo ejercieran sobre ellas/os. Muchos mencionaron que evitaron responder de forma contundente frente al acoso y permanecieron en silencio porque les preocupaba reforzar los estereotipos acerca de sus participantes. Como hemos mencionado anteriormente, esta preocupación estuvo presente principalmente entre aquellas/os que trabajaban en el hemisferio sur o en las mujeres que trabajaban con hombres pobres o minorías en Estados Unidos. La idea de que a un/a investigador/a no se le somete a las normas de género (racializadas) de su campo hasta cierta medida refleja las suposiciones del siglo XIX de los etnógrafos naturalistas que están fuera o por encima del área que estudia (Wedeen, 2009). En realidad, estamos encastradas/os en relaciones de poder en nuestra área de trabajo, y las normas de raza y género dentro de él generan privilegio y autoridad que van en ambas direcciones. Las suposiciones racistas y heteropatriarcales que continúan informando los estándares etnográficos (y la academia en general) pueden llevar a la represión de experiencias concretas en terreno, de la misma forma que perpetúan la asociación de estas experiencias con la investigación contaminada (lo que también refuerza el deseo de querer ignorarlas).

El segundo costo para la construcción de conocimiento es que a pesar de que a lo largo de las últimas décadas se ha enfatizado la reflexividad y el posicionamiento en la etnografía, la influencia persistente de estas tres fijaciones conlleva que solo se preste atención superficial a la corporalidad del/la investigador/a en terreno. Como Kilanski (2017) ha observado, es "como si el cuerpo, una vez confirmado, pudiera borrarse del trabajo". Por supuesto, como hemos aprendido del trabajo de las feministas de color, existen estructuras más amplias de poder de formas diversas y desiguales que están registradas en nuestros cuerpos. Cuando escribimos tanto sobre la raza, la sexualidad y el género en terreno como obstáculos sobre los cuales tenemos que dominar o de los que nos debemos apartar, nos perdemos la oportunidad de examinar cómo el ser un forastero corporal (o integrante de la comunidad) afecta a todos los aspectos de nuestro trabajo. Debido a que el cuerpo cisgénero masculino blanco todavía se toma por norma, y la recolección y calidad de datos se miden a través de esa experiencia, la mayoría de los hombres —en concreto los hombres blancos heterosexuales— no esperan reflexionar cómo su género y su sexualidad están presentes en sus experiencias en terreno; es la posicionalidad de las mujeres (marcada siempre por otro estatus social) la que hace que se ponga de manifiesto.

Sin embargo, a pesar de que las experiencias se centran en la noción dominante del investigador "neutral", los hombres también sufren a consecuencia de este marco. Las amenazas a la seguridad de los hombres en terreno también están influidas por el género, como se nota en casos que involucran el despliegue de la masculinidad o la violencia entre hombres. La atención superficial a la corporalidad puede poner a los hombres en peligro. A David, un estudiante de doctorado latinoamericano, lo amenazaron con violarlo en grupo unos hombres durante su trabajo de campo sobre los movimientos sociales en su país de origen. Después de este percance, David continuó trabajando con estos participantes

y nos contó que, irónicamente, se sintió culpable por no confiar en ellos. Tanto para los hombres como para las mujeres, no contarles a sus tutores los peligros que les acechan puede tener una dimensión de género. Una historia que contó Lena acerca de un colega ilustra esta idea. Cuando le preguntó cómo iba su trabajo sobre zonas en conflicto, él le dijo: "Fue horrible. Tuve que contratar guardaespaldas. Quemaron un pueblo mientras yo estaba allá y dispararon a la gente, tenía miedo de hablar [con la gente] porque eso les identificaría". Lena le preguntó: "Bueno, ¿se lo contaste- se lo contaste a tu tutor?". Y su colega respondió: "No, solo le dije que no cuadró". Lena reflexionó sobre este encuentro y nos contó, "Creo que es la idea de que él tenía que ser intrépido". Esta expectativa hizo que no quisiera contarle a su tutor que él y sus participantes estaban en peligro en su estudio. El tutor respondió insinuando que el estudiante había malgastado años en terreno. En este caso, el estudiante podría haber temido salirse de la historia del investigador valiente y "robusto". Al igual que algunas mujeres a las que entrevistamos, puede que le hubieran dicho que tenía que "aguantar" por los datos. Estas preocupaciones tienen sentido dadas las influencia persistente de las tres fijaciones.

Como han indicado Hoang (2015), Rios (2017) y otros, merece la pena mencionar que las personas de color y las mujeres son a las que más se les cuestiona el trabajo, a menudo debido a las formas concretas en que están corporizadas, por lo que puede haber un peligro real contabilizando estos problemas en nuestros textos. (Parece que esperamos que las/los "otras/os" sean más flexibles y luego los castigamos por eso mismo). La respuesta no es deshacernos de la reflexividad, sino trabajar para cambiar los estándares predominantes que penalizan a aquellas/os que nunca pueden estar a la altura del arquetipo dominante.

Estas dos tendencias—evitar estos temas como excedente incómodo y la insuficiente atención a la experiencia corporal—están relacionadas a las normas androcéntricas, colonialistas, racistas y positivistas que apoyan la metodología etnográfica y producen las tres fijaciones. Debido a que todo el trabajo etnográfico está formado por características de las experiencias corporales de las/los investigadoras/es, un debate más abierto sobre cómo estas dinámicas contribuyen a la producción de conocimiento etnográfico conseguirá crear una mejor etnografía, más completa y matizada.

### **La etnografía corporizada**

La etnografía no puede solo reconocer a los cuerpos como herramientas para acercarse a los mundos de las/los participantes de los estudios, sino que también debe tomarse en serio las presuposiciones de todos los datos y el conocimiento que emergen de estas experiencias, conversaciones e interacciones compuestas por los cuerpos que se van involucrando en ellas. De hecho, colapsar la dualidad de la mente/el cuerpo y mostrar que el conocimiento es una experiencia corporal son objetivos principales de nuestro trabajo. Por eso, promovemos que se investigue con un enfoque que reconozca que todo conocimiento está situado y promovemos lo que llamamos la etnografía corporizada. En los próximos párrafos resumimos la literatura que influencia nuestro concepto de la etnografía corporizada.



La investigación reflexiva tiene que estar basada en una conciencia de nuestros cuerpos — lo que significan tanto para nosotros como para otros. La investigación reflexiva solo puede existir cuando consideramos las relaciones sociales—dentro del mundo académico y del campo etnográfico—que posibilitan preguntas y reclamaciones científicas sociales, las mismas relaciones sociales que establecen quién puede hacer esas preguntas y reclamaciones en primer lugar (Bourdieu and Wacquant, 1992; Haraway, 1988; Harding, 1990). Con el propósito de alejarse de la investigación descorporizada, colonialista y androcéntrica, las/los etnógrafas/os deben reflexionar sobre cómo y por qué sus cuerpos encajan en (o alteran) los lugares de estudio, situando su “pertener al mundo” dentro de las dinámicas de poder que constituyen todos los mundos sociales.

Por tanto, la etnografía corporizada no solo se trata de incluir las experiencias corporales en nuestro trabajo, sino de situar las bases de estas experiencias en las condiciones sociales que permiten que se lleven a cabo. Sostenemos que prestar atención a lo que le pasa a nuestros cuerpos en terreno es una forma recolectar datos. La forma en la que otros responden a nuestros cuerpos, a dónde tenemos permitido ir y con quién nos permiten juntarnos, y la clase de violencia y peligros que sufrimos cuando investigamos—todo nos dice algo de los sistemas de poder que estructuran nuestros campos de trabajo. Si los cuerpos son herramientas para la investigación, entonces debemos considerar cómo estas herramientas estructuran las experiencias diarias, que eventualmente se convierten en datos, hechos y conocimiento etnográfico. La etnografía corporizada incluye entender nuestros cuerpos como objetos en el mundo, objetos que tienen un significado asignado, objetos que se perciben y son tratados de forma diferente de acuerdo con esos significados, y objetos que desencadenan sentimientos y respuestas distintivas en otros. Finalmente, como Naples ha escrito:

“Una perspectiva corporizada [...] enfatiza cómo las posiciones sociales de las/los investigadoras/es (no limitadas al género, la raza, la etnicidad, la clase, la cultura y el lugar o región de residencia) influyen las preguntas que hacemos, a quién nos acercamos en terreno, cómo le damos sentido a nuestra experiencia en el campo de trabajo y cómo analizamos y reportamos nuestros resultados” (Naples, 2003, p.197).

Un enfoque corporizado comienza con el diseño de la investigación y se amplía con el análisis y la narrativa. Tomar estos pasos puede ser inquietante, puesto que rompen con la idea que las/los académicas/os tienen de ellas/os mismas/os como generadores de conocimiento. Incluso las/los académicas/os que son mujeres y/o personas de color, que no pueden reivindicar la creación de conocimiento hegemónico de la misma forma que los hombres blancos pueden, podrían tener dificultades al adoptar prácticas y narrativas etnográficas que coinciden con sus experiencias. Sin lugar a dudas, esta lucha se agudiza por la localización estructural de estas/os académicas/os en la universidad, donde los impedimentos precarios de la legitimidad académica les desalienta a denunciar las narrativas hegemónicas. Esperamos que incorporar nuestros cuerpos a la investigación y la narrativa contribuya a cuestionar y, eventualmente, hacer desaparecer las narrativas hegemónicas que reproducen la opresión y las desigualdades en la academia.

Por si no ha quedado claro, no estamos defendiendo los enfoques que convierten la investigación en una exposición del/la etnógrafo/a sino que defendemos usar el análisis y narración corporizadas para explorar y criticar la producción del género, la raza, la nación, etc. dentro del mundo académico y en el trabajo de campo. La investigación y la narración corporizadas no son solo un llamamiento para incluirnos en la narrativa. Prácticamente, la investigación reflexiva que incorpora posicionalidad no requiere que el/la investigador/a sea el centro de su etnografía, así como tampoco requiere posicionalidad en todas las viñetas o análisis. En su lugar, es un llamamiento para pensar y escribir sobre cómo nuestros cuerpos—los significados, las prácticas y las experiencias que los constituyen—están involucrados en el proceso de investigación. Nos interesa menos que las/los investigadoras/es escriban de sus subjetividades en la investigación (aunque claro está, hay un lugar para esto) y más nos preocupa que usen las experiencias corporales para “responder a la pregunta sobre cómo estos posicionamientos del sujeto afectan a nuestra construcción del conocimiento” (Doucet and Mauthner, 2006, p.42). Como Bourdieu, hacemos un llamamiento por una reflexividad que “se centra no solo en el individuo [académico] como sujeto, sino en las estructuras organizativas y cognitivas que conforman el trabajo [académico]” (Swartz, 2012, p.273).

## Conclusión

En definitiva, el borrado de las experiencias corporales dista mucho de mejorar la investigación y perjudica tanto la producción de conocimientos etnográficos como a las personas que lo producen. El trabajo teórico de las feministas de color, pos- y decoloniales sobre las formas entrelazadas de opresión nos ha permitido hacer este trabajo, en el que desvelamos la cantidad de maneras en que etnógrafas/os en diferentes posiciones se ven afectadas tanto por el acoso en el terreno como por la condena de «otras/os» dentro del propio mundo académico. Este enfoque no solo debería servir como un prisma que permita analizar cómo entendemos las vidas de las personas que estudiamos, sino que también debería exponer cómo enfocamos el proceso de trabajo de la ciencia social, incluyendo nuestros procesos de evaluación.

No se debería considerar fracasada/o o incompetente un/a investigador/a que modifica su proyecto para protegerse y reducir el costo del acoso. Absolutamente todas/os las/los investigadoras/es cualitativas/os cambian y alteran los proyectos durante el proceso por diversos motivos. El cambio no debería ser un tabú en el proceso de la investigación cualitativa, sino que se debería reconocer (e, incluso, celebrar). Las/los profesoras/es con más años de experiencia deberían contar a las/los estudiantes sus experiencias de acoso y peligro en el trabajo de campo. Hasta deberían hablar de estos temas aunque no los hayan vivido. La repetición de la mentira de la neutralidad imparcial transmite un costo emocional a otras/os investigadoras/es y las/los envía al terreno sin preparación.

Cuando descartamos de nuestro trabajo estos elementos incómodos y amenazantes, limitamos la información de nuestras/os lectores sobre nuestros procesos, pruebas y descubrimientos. Los marcos etnográficos dominantes determinan que muchos de los datos experimentados son irrelevantes y, por tanto, pueden no contabilizarse y descartarse. Moldeados por suposiciones epistémicas androcentristas, racistas y colonialistas, esos viejos marcos separan el cuerpo de la mente, lo privilegian sobre esta, y paradójicamente también privilegian a un conocedor particular como "neutral" y "objetivo". Estos marcos no solo importan porque representan de forma incorrecta la relación entre el conocimiento y el cuerpo, sino porque también determinan que algunos/as pueden producir conocimientos mientras que deslegitiman el rol de otras/os en el proceso. Muchos/as científicos/as sociales, incluso etnógrafos/as, todavía se aferran a la idea de que todos/as los/las investigadores/as pueden conseguir los mismos datos. Es como si no hubiera muchas historias que contar en el mismo terreno, como si nuestros cuerpos no fueran instrumentos de investigación que inciden en las historias a las que tenemos acceso y aquellas que queremos contar.

La incongruencia entre los estándares etnográficos y la realidad de las experiencias corporales en el trabajo de campo se dilucida cuando examinamos las experiencias de aquellas personas a las que históricamente no se ha incluido en su definición. Al fetichizar un tipo específico de viaje etnográfico, las tres fijaciones limitan la forma como imaginamos la recogida de datos de calidad. Así pues, esto es un problema tanto de la lógica de la evaluación como un asunto epistémico de lo que cuenta como conocimiento etnográfico válido. Pero ¿qué ocurre cuando reconocemos que la corporalidad de todas/os las/os investigadoras/es informa el acceso que tienen y los datos que analizan? En efecto, la presencia de las mujeres puede permitir la recolección de datos a los que los hombres no tienen acceso y su presencia podría desestabilizar situaciones dominadas por los hombres, lo cual nos mostraría cosas nuevas sobre estos contextos. Cuando permitimos este tipo de posibilidades, las experiencias corporales nos pueden contar mucho sobre las estructuras sociales y las dinámicas de poder en nuestro campo de estudio. La aceptación de experiencias corporales incómodas y amenazantes crea una etnografía más compleja, una descripción más rica del terreno.

La pandemia de COVID-19 ha exacerbado más aún las desigualdades en la sociedad y en el entorno académico. Es más probable que las/os indígenas y las/os pobres (que también son personas racializadas en la mayoría de los contextos en el continente americano) se vean perjudicados por el virus y sus consecuencias económicas, y la división laboral de género ha crecido con el cierre de los centros educativos y el incremento de tareas del hogar. Estas contradicciones son inherentes al sistema capitalista y a los legados racistas, coloniales y heteropatriarcales que forjan el mundo académico. En este sentido, la pandemia demuestra la necesidad de un cambio amplio y estructural. Asimismo, empezamos este proyecto antes de que las revueltas feministas, incluidos los movimientos #MeToo y Ni Una Menos, se convirtieran en un fenómeno internacional contemporáneo. Las constantes conversaciones sobre el acoso sexual en el trabajo, en la calle y en nuestras universidades han dejado claro que, aunque podemos invertir en cambios a pequeña escala, por ejemplo,

cómo enseñamos métodos o cómo escribimos sobre nuestras experiencias en el terreno, en última instancia hace falta un cambio más sistémico: nada menos que la transformación total de la cultura académica es suficiente.

## Bibliografía

- Adjepong, A. (2019). Invading ethnography: a queer of color reflexive practice. *Ethnography*, 20(1), 27-46.
- Álvarez, A. y Painemal, M., eds. (2016). *Kyanq'ib'il xu'j b'ix kyanq'ib'il qxe'chi, tuwün pu zomo, mujeres y pueblos originarios. Luchas y resistencias hacia la descolonización*. Santiago de Chile: Pehuén Editores.
- Aretxaga, B. (1997). *Shattering silence: women, nationalism, and political subjectivity in Northern Ireland*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Baca Zinn, M. y Thornton Dill, B. (1994). *Women of color in US society*. Philadelphia: Temple University Press.
- Bartky, S.L. (1988). Foucault, femininity, and the modernization of patriarchal power. En I. Diamond y L. Quinby (Ed.) *Feminism and Foucault* (pp. 61-86). Boston: Northeastern University Press.
- Berry, M.J., Cháves Argüelles, C., Cordis, S., Ihmoud, S. y Velásquez Estrada, E. (2017). Toward a fugitive anthropology: gender, race, and violence in the field. *Cultural Anthropology*, 32(4), 537-565.
- Bolak, H.C. (1997). Studying one's own in the Middle East: negotiating gender and self-other dynamics in the field. En R. Hertz (Ed.) *Reflexivity and voice* (pp. 95-118). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Bordo, S. (1997). The body and the reproduction of femininity. En K. Conboy, N. Medina, y S. Stanbury (Ed.) *Writing on the body* (pp. 90-110). New York: Columbia University Press.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1992). *An invitation to reflexive sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Clancy, K.B.H., Nelson, R., Rutherford, J.N., y Hinde, K. (2014). Survey of academic field experiences: trainees report harassment and assault. *PLOS One*, 16 de julio.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241-99.
- Curiel, O. (2014). Hacia la construcción de un feminismo descolonizado. En Y Espinosa Miñoso, D. Gómez Correal y K. Ochoa Muñoz (Ed.) *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*, (pp. 325-334). Cauca, Colombia: Editorial Universidad de Cauca.
- Davis, A. (1981). *Women, race and class*. New York: Random House.
- Doucet, A. y Mauthner, N.S. (2006). Feminist methodologies and epistemology. En C.D. Bryant y D.L. Peck (Ed.) *21st Century Sociology* (pp. 36-43). New York: Sage.
- Fujimura, J.H. (2006). Sex genes: a critical sociomaterial approach to the politics and molecular genetics of sex determination. *Signs* 32(1), 49-82
- Hanson, R. y Richards, P. (2019). *Harassed: Gender, Bodies, and Ethnographic Research*. Berkeley: University of California Press.
- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: the science question in feminism as a site of discourse on the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14, 575-599.
- Harding, S. (1990). Feminism, science and the anti-enlightenment critiques." En L. Nicholson (Ed.) *Feminism/Postmodernism* (pp. 83-106). New York: Routledge.
- Hernández, R.A. (2011). Feminismos poscoloniales: reflexiones desde el sur del Río Bravo." En L. Suárez Navaz y R.A. Hernández (Eds.) *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes* (pp. 75-113). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Hill Collins, P. (2003). Toward an afrocentric feminist epistemology. En Y.S. Lincoln and N.K. Denzin (Eds.) *Turning points in qualitative research* (pp. 47-72). New

- York: Rowman Altamira.
- \_\_\_\_\_. 1990. *Black feminist thought*. New York: Routledge.
- \_\_\_\_\_. 1986. Learning from the outsider within: the sociological significance of black feminist thought. *Social Problems* 33(6), 14-32.
- Hoang, K.K. (2015). *Dealing in desire: Asian ascendancy, Western decline, and the hidden currencies of global sex work*. Berkeley: University of California Press.
- Hordge-Freeman, E., Mayorga, S. y E. Bonilla-Silva. (2011). Exposing whiteness because we are free: emancipation methodological practice in becoming empowered sociologists of color. En J. Stanfield (Ed.) *Rethinking race and objectivity in research methods* (pp. 95-121). New York: Left Coast Press.
- Johansson, L. (2015). Dangerous liaisons: risk, positionality and power in women's anthropological fieldwork. *Journal of the Anthropological Society of Oxford* 7(1), 55-63.
- Kilanski, K. (febrero de 2015). Trust, intimacy, and sexual harassment: what doing 'good' qualitative research means for women in the field. Panel realizado en el congreso de Sociologists for Women in Society, Washington, D.C.
- Lugones, M. (2008). The Coloniality of Gender. Recuperado de [https://globalstudies.trinity.duke.edu/sites/globalstudies.trinity.duke.edu/files/file-attachments/v2d2\\_Lugones.pdf](https://globalstudies.trinity.duke.edu/sites/globalstudies.trinity.duke.edu/files/file-attachments/v2d2_Lugones.pdf).
- Mendoza, B. (2016). Coloniality of Gender and Power: From Postcoloniality de Decoloniality. En L. Disch y M. Hawkesworth (Ed.) *The Oxford Handbook of Feminist Theory*. Recuperado de: <https://www.oxfordhandbooks.com/view/10.1093/oxfordhb/9780199328581.001.0001/oxfordhb-9780199328581-e-6>
- Mohanty, C.T. (1991). Under western eyes: feminist scholarship and colonial discourses. En C.T. Mohanty, A.Russo, y L.Torres (Ed.) *Third world women and the politics of feminism* (pp. 51-80). Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Naples, N.A. (2003). *Feminism and method: ethnography, discourse analysis, and activist research*. New York: Routledge.
- Narayan, U. (1997). *Dislocating cultures: identities, traditions, and third world feminism*. New York: Routledge.
- Riley, D. (1988). *Am I that name? Feminism and the category of 'women' in history*. New York: Springer.
- Rios, V. (2017). Beyond power-blind ethnography. *Sociological Focus*, 50(1), 99-101.
- Scott, J. (1991). The evidence of experience. *Critical Inquiry*, 17(4), 773-797.
- Smith, D. (1974). "Women's perspective as a radical critique of sociology. *Sociological Inquiry*, 44(1), 7-13.
- Stewart, K. (2007). *Ordinary affects*. Durham, NC: Duke University Press.
- Sutton, B. (2010). *Bodies in crisis: culture, violence, and women's resistance in neoliberal Argentina*. New Brunswick, NJ: Rutgers.
- Swartz, D. (2012). *Culture and power: the sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wacquant, L. (2015). For a sociology of flesh and blood. *Qualitative Sociology*, 38(1), 1-11.
- Wedeen, L. (2009). Ethnography as interpretive enterprise. En E. Schatz (Ed.) *Political ethnography: what immersion contributes to the study of power* (pp. 75-94). New York: Cambridge University Press.
- Williams, B.C. (2017). #MeToo: A crescendo in the Discourse about Sexual Harassment, Fieldwork, and the Academy (Partes 1 y 2). *Savage minds. Notes and queries in anthropology*. Recuperado de <https://savageminds.org/2017/10/24/metoo-a-crescendo-in-the-discourse-about-sexual-harassment-fieldwork-and-the-academy-part-1/>, <https://savageminds.org/2017/10/28/metoo-a-crescendo-in-the-discourse-about-sexual-harassment-fieldwork-and-the-academy-part-2/>.



Este es un artículo de acceso abierto bajo licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional